

vuestros piés, que la justicia humana ha usurpado vuestros derechos, y que castigados en más que sus crímenes en la tierra, no pueden además ser castigados en ese reino desconocido que busca la ciencia y que los libros santos llaman cielo.

Que descansen allí por la eternidad con el mérito de su expiación y en la gloria infinita de vuestra justicia misericordiosa.

—¡Amen! murmuraron dos ó tres voces.

—Pero si, por el contrario, continué, la puerta por donde todos vamos á entrar es la nada; si de repente caemos en las tinieblas, en la insensibilidad, en la muerte; si no hay nada más allá de la vida, como no lo hay antes de ella, entonces, amigos míos, demos de todos modos gracias á Dios, porque la ausencia del sentimiento evita el dolor, y dormiremos entonces durante la eternidad con ese reposo sin ensueño, del que el cansancio de un día agitado nos ha dado ya la muestra en este mundo.

—¡Oh! no, exclamaron los presidiarios; que nos castigue Dios más bien con sufrimientos eternos que con la nada eterna.

—¡Señor! ¡Señor! exclamé; os suplican desde el precipicio; escuchadles, Señor; escuchad nuestras plegarias y acogednos en vuestra misericordia.

XXIII.

Manuscrito.

(Continuacion.)

Caminamos un momento en silencio. Despues, de repente corrió entre la multitud y se comunicó á los condenados un estremecimiento convulsivo.

Las carretas pasaban por la puerta de San Honorato, y aunque estuvieran sentados de espaldas y no pudieran ver todavía la guillotina, adivinaron que estaban enfrente de ella.

A mí me sucedió lo contrario: tuve un impulso de alegría; me puse de puntillas y vi que la guillotina descollaba por encima de todos y que sus brazos rojos se elevaban hasta el cielo.

Yo casi preferia la nada, que tanto temian los desgraciados, á la duda en que vivia hacia dos años.

—Ya hemos llegado, ¿no es eso? me preguntó con voz sombría un presidiario.

—Dentro de cinco minutos estaremos.

—Seremos de los últimos, porque estamos en la última carreta, añadió otro de aquellos infelices como si hablara consigo mismo. Somos treinta, uno por minuto; hace media hora, que es lo que nos queda de vida.

La multitud continuaba insultándoles á ellos y compadeciéndose de mí. Tanta era la gente, que los gendarmes no podian abrir paso á las carretas.

Fué preciso que, ya en la plaza de la Revolucion, Henriot, que estaba al lado del cadalso, saliese con el sable en la mano, y en

union de cinco ó seis gendarmes facilitase el paso con juramentos terribles.

Lanzó tan bruscamente á su caballo, que del primer impulso, y atropellando mujeres y niños, llegó hasta la última carreta.

Me vió de pié en medio de aquellos hombres arrodillados.

—¿Por qué no estás de rodillas como los demás? me preguntó.

El presidiario que me habia rogado que rezara por ellos, lo oyó y se levantó.

—Porque somos culpables y ella es inocente, dijo con voz sorda; porque somos débiles y ella es fuerte; porque nosotros lloramos y ella nos consuela.

—Bueno, gritó Henriot; otra heroina como Carlota Corday ó madama Roland; creí que ya nos habiamos librado de ellas.

Y dirigiéndose á los conductores:

—¡Vamos, gritó, el paso está libre, marchad!

Y las carretas continuaron su camino.

Cinco minutos despues se detenía la primera al pié del patíbulo. Las demás fueron deteniéndose sucesivamente.

Un hombre con casaca corta y gorro frigio estaba al pié de la guillotina, entre la escalera y las carretas que conducian el cargamento humano.

En voz alta pedía el número y el nombre del sentenciado.

Este bajaba solo ó acompañado de los criados del verdugo, subía á la plataforma, se agitaba un momento y desaparecia. Se oía un golpe seco y nada más.

El hombre de la casaca llamaba á otro.

El presidiario que contaba con la media hora llevaba cuenta con cada uno de los golpes, y gemía y se estremecía.

Al llegar á los seis golpes hubo una interrupcion.

Dió un suspiro y sacudió la cabeza para hacer correr el sudor, que no podía enjugar.

—Han concluido con la primera carreta, murmuró.

Efectivamente, le tocó el turno á la segunda y despues á la tercera, y así sucesivamente hasta que llegó á nosotros. Lentamente nos acercamos al pié del cadalso, y allí nos detuvimos.

Los golpes continuaron, y el desgraciado continuaba contando, palideciendo cada vez más y estremeciéndose violentamente.

Al sexto, la misma interrupcion y el mismo movimiento.

Los golpes fueron ya más perceptibles, porque habiamos avanzado un paso más, y parecia que resonaban en nuestro corazon.

El presidiario seguía contando, pero al llegar al número diez y ocho se extinguió la voz en sus lábios y cayó sobre sí mismo, no escuchándole más que una especie de ronquido.

Los golpes continuaban con terrible regularidad.

Una carreta era la que faltaba para llegar á la nuestra: ella era lo único que nos separaba del cadalso.

El presidiario que me habia rogado que rezara levantó la cabeza.

—Ya nos llega el turno, me dijo con voz ahogada; ¡niña angelical y santa, bendecidme!

—¿Puedo acaso con mis manos atadas? le contesté.

—Volvedme la espalda y os desataré, me dijo.

Efectivamente: me volví, y sentí que con los dientes soltaba mis ligaduras, y que mis manos estaban libres.

Entonces me volví, y con todo mi corazon, con verdadera piedad las extendí sobre su cabeza.

—Que Dios sea misericordioso para vos, le dije; y si una pobre criatura que necesita bendicion tambien para ella puede bendecir, yo os bendigo, y que Dios me lo tome en consideracion.

—¿Y yo, y yo? gritaron varias voces.

Y los otros presidiarios se levantaban con firmeza.

Y á vosotros tambien, les dije; valor: morid como hombres y como cristianos.

Aquellos hombres se pusieron de pié al escuchar mis palabras, y aguardaron.

La penúltima carreta estaba vacía; la nuestra rodó y á los pocos pasos se detuvo: habia llegado á su sitio.

Entonces empezó la voz de nuevo para llamar á cada uno.

Mis compañeros bajaron unos en pos de otros: el que habia contado los golpes tenia el número veintinueve: fué preciso llevarle, porque estaba desmayado.

El número treinta se adelantó antes que le llamaran.

En aquel momento le tocó su vez.

—Rogad por mí, me dijo, y bajó sereno y firme.

Con mis palabras habia rechazado la desesperacion, recobrando la serenidad.

Antes de poner la cabeza en el tajo fatal, me dirigió una mirada suprema.

Le mostré con los ojos el cielo.

Su cabeza cayó, y bajé.

El hombre de la casaca me detuvo.

—¿A dónde vas? me preguntó admirado.

—A morir, le contesté.

—¿Cómo te llamas?

—Eva de Charelet.

—Tú no estás en lista.

Insistí porque me dejaran pasar.

—Ciudadano ejecutor, dijo el hombre de la casaca señalándome con la mano, hé aquí una jóven que no está en lista y que no tiene número; ¿qué se hace? Ella quiere morir.

El verdugo se acercó al balaustre, y me contempló.

—Volver á llevarla á la cárcel y dejarla para otro día.

—¿Para qué se ha de dejar, puesto que está aquí? gritó Henriot. Vamos, concluyamos de una vez; me están esperando para comer.

—Dispensad, ciudadano Henriot, dijo el verdugo con deferencia, pero con voz firme. El otro día me injuriaron, me insultaron, me amenazaron por la jovencita Nicole, y sin embargo, estaba en lista y numerada. Anteayer por Osselin, que estaba medio muerto y que debian haber dejado que concluyera con tranquilidad, me arrojaron piedras, y tambien estaba en lista.

Hoy, por esta jóven, que no está contada ni nombrada, me harian pedazos. Gracias: en un principio, pase; pero hoy están muy cansados... ¿No escuchais la multitud?...

Efectivamente, el pueblo hacia ese ruido que se nota en las olas cuando se acerca la tempestad: era como rugido sordo, pero amenazador.

—Pero si yo estoy satisfecha y pronta para morir, dije al verdugo, ¿qué importa que esté en la lista ó no?

—Me importa á mí, hermosa niña, replicó el verdugo: no des- empeño mi oficio por entusiasmo; lejos de eso, os lo aseguro.

—¡Diablo! ni yo tampoco, dijo el hombre de la casaca: tengo que dar cuenta al tribunal revolucionario: me entregaron treinta cabezas, pero no treinta y una. Las cuentas corrientes conservan la amistad.

—¡Miserable! gritó Henriot blandiendo el sable; y dirigiéndose al verdugo, añadió: Te ordeno que acabes con esa aristócrata, y si no me obedeces tendrás que verte conmigo.

—Ciudadanos, exclamó el verdugo dirigiéndose al pueblo: ape- lo á vosotros. Se me ordena que ejecute á una niña que no está en lista; ¿debo hacerlo?

—¡No, no, no! gritaron millares de voces.

—¡Abajo Henriot! ¡Abajo los guillotinales! gritaron los espec- tadores.

Henriot, medio ébrio como siempre, lanzó el caballo entre la multitud para llegar á los que le amenazaban.

Entonces empezaron á llover piedras y á sonar palos y basto- nazos.

—Toma mi brazo, ciudadana, me dijo el hombre de la casaca.

El alboroto aumentaba. El pueblo se lanzaba hácia el cadalso para derribarlo: los gendarmes acudian al socorro de su jefe. Que- ría morir, pero no queria que me hicieran pedazos, ni que me atro- pellaran los caballos.

Me dejé conducir. El pueblo, que me reconocía y que creia que deseaban salvarme, abria paso y gritaba:

—¡Pasad, pasad!

En el muelle de Tullerías encontramos un carruaje. El hombre de la casaca corta abrió la portezuela, me hizo subir y subió de- trás de mí.

—¡A los Carmelitas! le gritó al cochero.

El carruaje partió á galope; subió por el muelle de Tullerías, pasó el puente con velocidad y llegó á la calle de Bac.

Continuamos andando como un cuarto de hora, al cabo del cual nos detuvimos en la puerta del convento de los Carmelitas, destinado hacia dos años para cárcel.

Mi compañero bajó del carruaje y llamó á una puerta pequeña, delante de la que se paseaba un centinela.

El soldado se detuvo, miró con curiosidad en el interior del coche, vió una mujer sola, y calculando que eso nada tenia de sospechoso, continuó sus paseos, interrumpidos por nuestra llegada.

El hombre de la casaca habia llamado dos ó tres veces á la puercecilla cuando esta se abrió, y apareció el portero acompañado por dos perros. Aquellos animales me recordaron al perro Pluton, el de la cárcel de la Fuerza, que me habia olfateado el dia de mi llegada por orden del honrado Ferney.

—¡Ah, ciudadano comisario! eres tú, exclamó; ¿qué ocurre? ¿Qué hay de nuevo?

—Que te traigo una pensionista, contestó el hombre de la casaca.

—Ya sabes que todo está lleno, ciudadano comisario, dijo el portero.

—Bueno, es una aristócrata; puedes ponerla con los dos que te envié hoy.

—Que venga; una más ó menos, ¿qué importa? dijo el portero encogiéndose de hombros.

—Ven, me dijo el hombre de la casaca.

Bajé del coche y entré: la puerta se cerró detrás de nosotros, y seguí á mi protector.

—Pasad á la alcaidia.

—Poned un nombre falso, me dijo en voz baja el hombre de la casaca corta.

Estaba aturdida de lo que sucedia en torno mio. Obedecí maquinalmente... Tú nombre fué lo que pasó por mi imaginacion.

—¿Cómo te llamas? me preguntó el portero.

—Elena Merey, contesté.

—¿De qué te se acusa?

—Ni lo sabe, dijo el comisario; pero eso se aclarará dentro de dos ó tres dias: yo me ocuparé de eso y volveré á indicártelo.

Despues me dijo en voz baja:

—Procurad solo una cosa: que os olviden.

Y salió haciéndome una seña de esperanza: sin duda creia que la vida me interesaba.

Me quedé sola con el portero.

—¿Tienes dinero, ciudadana? me preguntó.

—No, le contesté.

—Entonces vivirás con las costumbres de la cárcel.

—Como gustéis.

—Ven.

—Os sigo.

Atravesamos el patio, despues un corredor húmedo, y me condujo á un calabozo estrecho y sombrío, al que se bajaba por dos escalones, y al cual se entraba por una reja que caia al jardin del antiguo monasterio.

En el calabozo habia dos mujeres, segun habian dicho: una era la hermosa criatura que habia visto en el chirrion en la esquina de la calle de los Lombardos.

Tenia entre sus lábios el capullo de rosa que yo la habia enviado.

Me reconoció, dió un grito de júbilo y corrió á mí con los brazos abiertos.

Contesté con una exclamacion de sorpresa y la estreché contra mi corazon.

—¡Es ella! ¿comprendes, querida Josefina? ¡Es ella! ¡Qué dicha volverla á ver! ¡Qué felicidad! ¡Yo que creia que la habian guillotinado!

La hermosa criatura á quien envié mi capullo de rosa era Teresa Cabarrús.

La otra se llamaba Josefina Tascher de la Pagerie, viuda del general Beauharnais.